

Portugal y Guadalupe

Al Excmo. Sr. Don Manuel M. Pinheiro, Prof. en Marvão, mi querido amigo.

CUANTOS se preocuparon por conocer, siquiera en parte, nuestra historia regional y acudieron anhelantes alguna vez al santuario de Guadalupe para postrarse ante la Reina de la Hispanidad y saturar su espíritu contemplando las bellezas, reliquias y testimonios de toda índole que se conservan en aquella santa casa, y que justifican con creces la existencia de un pasado pujante y esplendoroso conseguido a expensas del esfuerzo y cooperación netamente extremeños, saben que allí existe una preciosa capilla—acaso admirada por muchos, quiénes aquilataron ya sus justos méritos—, llamada de Santa Catalina, y que según nuestro entender, debía conservar su primitivo nombre: *Capilla de los Reyes de Portugal*, por reposar en ella las cenizas de D. Dionís y D.^a Juana, infantes del vecino reino, sucesores legítimos a la corona portuguesa por ser él hijo del rey D. Pedro y de la desventurada dama gallega D.^a Inés de Castro.

Viene a ser dicho lugar de oración algo así como la antesala del camarín de la Virgen y del santuario de las Reliquias, y se llega a tan sagrado recinto después de rebasar un soberbio arco capialzado, a la derecha, saliendo de la antesacristía. En sus muros laterales se abren dos hermosas puertas, y otra, regia y majestuosa, en el testero, que facilita el paso al ochavo o Relicario,alzada sobre cuatro escalones de mármol jaspeado. El dintel y jambas que la completan fueron tallados también en jaspe de Estremoz, como asimismo los dos pedestales de las gruesas columnas colocadas a uno y otro lados de la mencionada puerta; resultando muy primorosos su cornisa, friso y arquitrabe, y el escudo cuadrado con un jarrón de azucenas colocado en el frontispicio.

No es nuestro propósito describir la regia capilla, obra de las más pulidas y hermosas debidas al acierto de Manuel de Lara y Churriguera, artífice que dirigió también la fábrica del Arco de la Estrella en la capital cacereña; pero insistiremos en que en la fachada del fondo, y en ambos lados de la referida puerta, están adosados sencillos altares de la primera mitad del siglo XVII, dedicados a Santa Paula y a Santa Catalina, cuyas lindas imágenes talló el insigne Giraldo de Merlo, autor de las otras muchas que adornan el retablo del Altar Mayor.

Cada uno de estos altares tiene su frontispicio partido en el que

se acopla un escudo con las cinco Quinas, armas reales de Portugal.

Como ya se ha indicado, en ella tienen sus sepulturas D. Dionís y D.^a Juana, quienes reciben el título de Reyes en todas las escrituras y otros documentos que se conservan relacionados con sus augustas personas, así como en las tablas de bienhechores del santuario guadalupense.

Por *carta de dotación al monasterio* que otorgó su hija D.^a Beatriz en 1461, se construyeron los túmulos de los reteridos reyes en la santa casa de Guadalupe «por la suma devoción que le tuvo el Rey D. Dionís mi padre, y averlo mandado así por su última voluntad».

Los sepulcros se colocaron al principio en el suelo de la capilla, en uno y otro de los respectivos costados, y sobre ellos se alzaban las estatuas orantes de los reyes; la del rey, mirando al altar de Santa Catalina, y la de D.^a Juana, frente al de Santa Paula, teniendo delante sus correspondientes sitiales. Las urnas que guardaban los soberanos cuerpos mostraban en la parte anterior inscripciones, en dísticos latinos haciendo constar quiénes eran los personajes allí enterrados; y que el rey D. Dionís y su hermano el infante D. Juan habían recibido sepultura de primer intento en el convento de San Esteban de Salamanca, hasta que, pasado algún tiempo después de su fallecimiento, el cadáver del primero había sido trasladado a Guadalupe y enterrado juntamente con el de su esposa por encargo de la infanta D.^a Beatriz. No tiene nada de extraño que D. Dionís recibiera sepultura, al morir en Salamanca, pues sabido es que había salido de su país y se refugió en Castilla, donde fué Señor de Alba de Tormes y ricohombre en tiempos del rey D. Juan I., según privilegio dado en Tarifa en 1379.

Pero como los dichos sepulcros y aludidas estatuas que sobre ellos descansaban entorpecían muy seriamente el tránsito de procesiones y demás actos del culto y necesidades de la santa casa, Fray Alonso de Talavera, que era Prior de la comunidad jerónima cuando se citaron y reunieron en el histórico monasterio Felipe II y su sobrino D. Sebastián de Portugal, solicitó del monarca lusitano autorización para trasladar los mausuleos de sus mayores del lugar que ocupaban y colocar las efigies en lugar más adecuado.

D. Sebastián autorizó el traslado, y poco tiempo después quedó nivelado y libre el suelo de la capilla que cubre los reales restos, en tanto que las magníficas esculturas orantes que representan a los personajes lusos, talladas según se cree por Pompeyo Leoni, pasaron a las dos hornacinas laterales de dicha capilla donde pueden admirarse en la actualidad.

Este hecho histórico no pasa de ser uno de tantos, uno de los muchos que acontecieron al correr de los años en el tan celebrado santuario extremeño. Y si hemos fijado en él nuestra atención y procuramos su publicidad, ha sido por haber llegado a nuestras manos un curioso documento inédito, el original del acta que escribió el P. Talavera para constancia del mencionado traslado.

Su contenido es del tenor siguiente:

«Yo fray Al^o de Talavera prior deste mones^o de nra. señora santa maria deguadalupe doy fe y ver da dero testimonio atodos los que lapresente bieren como estando enesta santa casa El serenissimo Sor Rey de portugal don Sebastián primero deste nombre en el año de 1576, en el mes de diziembre, yo el dcho fr. Alonso de Talavera hablando con el dcho señor Rey entre otras cosas le supliqué que por quanto en la capilla de sancta catalina deste monesterio están enterrados los cuerpos del Rey don dionís y de la ynfanta doña beatriz su hija en medio de la dcha capilla y en cima della estavan los bultos altos y hacían mucho ympedimento ala sudcha capilla yal convento quando se ayunta alas precesiones que todas salen de allí y allende de la fealdad que ala dcha capilla hagan las andas quando llevan la y magen y El Sanctissimo sacramento denecesidad avían de Rodear los bultos para salir, que suplicava a su Mgd que por quitar los dchos ynconvenientes fuese servido y hubiese por bien de que quedándose los cuerpos allí en el suelo donde estavan enterrados se mudasen los bultos a los lados de la capilla metidos en la pared ocomo la su M. quiso. El qual lo sometió a p^o de alcaçabas su secretario pa. que le hablare sobre ello, y abiendo hablado el dcho P^o de Alcaçabas con el dcho Sor Rey en el dcho negocio mandó su M. que los dchos bultos sequitasen demedio de la capilla y que juntos ambos y dos se pusiesen al lado donde se dice el Evangelio, metidos en la pared. eyo el prior susodcho Hago fe e verdadero testimonio que todo lo susodcho pasó así. El que así me lo dijo y refirió el dcho P^o de Alcaçabas que así lo decía y mandava el dcho Sor Rey de Portugal y pónese esto aquí así por que si en algún tiempo sepreguntase la causa porque se quitaron estos bultos de en medio lo sepan y benga a noticia de todos. En testimonio delo qual el dcho susodcho prior lo firmé de mi nombre que es fecha en beinte días del mes de henero de 1577. — fray Al^o de Talavera».

Podemos observar que el P. Talavera sufrió error cuando en el anterior documento hace referencia a los cuerpos de D. Dionís y su hija D.^a Beatriz; creencia muy extendida y de la cual participan en la actualidad algunos conocedores de la historia y vicisitudes de nuestro primer monasterio; pero nada más lejos de la verdad, pues en la Capilla de los Reyes de Portugal esperan la resurrección de la carne D. Dionís y su esposa la infanta D.^a Juana de Castilla, hija del rey D. Enrique II.

GERVASIO VELO

Madrid y Enero, 1953.

MARINA

Deja Diana en silencio
sobre las ondas dormidas
un reflejo de alboradas
en la superficie lisa:
un cromático suspiro
débil de melancolía
mezcla languidez de plata
con palidez amarilla.
Los rizos de espuma blanca
se acuestan sobre la orilla
arenosa, o se redoblan
contra las masas roquizas.
Sobre misterios de negro,
espejos entre sonrisas:
turbios azules abajo,
azules puros arriba.
El marinero se apresta
en su casa movediza
—mientras el patrón rezonga
órdenes enconradizas—;
una vela trasnochada
se diluye en lejanías
dibujando transparentes,
inciertas rutas marinas.
Sobre un montículo audaz
el faro su aviso grita
con rutinario lamento,
y el horizonte replica
con altibajos de luces
que la Luna difumina.

Mi corazón se me pierde
por la noche escurridiza,
huye, se escapa, se esconde,
baja al Mar, sube a la Cima,
quiere embriagarse de olas,
perder en placer su vida;
pero Dios lo trae a mí
y de Amor lo sublimiza:
lo recubro en el reflejo
de un alma que en mí se mira

MIGUEL BORRACHERO